

ELEMENTOS DE LA CONDUCTA VALORATIVA

Una de las manifestaciones peculiares de la vida es la actividad; y le es tan esencial este carácter que comúnmente uno y otra se identifican. Así, la inmovilidad de los seres vivos se confunde con su muerte; y, a su vez, al movimiento incesante del Cosmos se le atribuye una vida: el alma universal.

Y en verdad, que vida y actividad sean dos realidades del todo diferentes; aún el pensamiento más reflexivo carece de medios para afirmarlo en forma terminante. Pero desde un punto de vista más objetivo, podemos decir que ella está al servicio del ser vivo; que puede ser interna (vida vegetativa) y externa (vida de relación), orgánica y anímica; y esta última causal y teleológica, inconsciente y consciente.

Es en el ser humano donde la vida tiene el auge de sus manifestaciones, sobre todo las externas; siendo el hombre el ser "relacionante" por excelencia. De su actividad anímica en general se ocupa la Psicología, limitándose esta ciencia al estudio del fenómeno en sí mismo, no obstante la orientación de la moderna Psicología. El estudio causal de la conducta humana está prácticamente olvidado; en cambio su estudio desde el punto de vista teleológico tratan de abordarlo en parte: la Lógica y la Teoría del Conocimiento, y principalmente la Ética. Pero la disciplina que abarca este problema en toda su extensión es la Axiología, nacida como doctrina moral y hoy independizada por su importancia y por la mayor amplitud de su esfera de estudio, pues mientras la Moral es la ciencia de las buenas costumbres, la Axiología pretende una interpretación de la conducta humana en general desde su aspecto teleológico.

Pero si bien es cierto que la Axiología aporta un nuevo criterio en la apreciación finalista de la conducta humana, no puede gloriarse de haber resuelto el problema: 1.º porque en su planteamiento ha incluido datos heterogéneos, por ejemplo, la "conducta" estética, esencialmente pasiva, contemplativa; y la conducta ética, eminentemente activa; y 2.º porque aunque reduce a una proposición, el valor, las incógnitas que cada una de las diversas formas de la conducta plantea, esta proposición a su vez implica otra incógnita,

tanto en su esencia (que supone de naturaleza ideal) como en sus atributos (materia, altura, cualidad, rango) (1),

Para la Axiología existen objetos ideales, absolutos, inmutables; irracionales por cuanto no son aprehensibles por la razón sino por una forma especial del sentimiento: la "intuición emocional". Estos "objetos luminarios" son los valores, exponentes de una esfera ontológica superior —el mundo espiritual— desde la cual guían la conducta humana. Pero su existencia no está tan apartada del mundo real como lo estaban las ideas platónicas, al contrario ellos se presentan a la conciencia a través de los "soportes" dando a los objetos la calidad de valiosos y convirtiéndolos en bienes. Puede considerarse pues que la conexión entre hombre y valor, siendo inmediata, paradójicamente es indirecta por requerir de un objeto o de un acto en el cual dicho valor se dá.

Es de gran importancia el análisis del proceso de captación de los valores no solo porque él nos informa de la naturaleza de tales objetos sino porque el conocimiento del carácter de dicha relación es de aplicación al fin pedagógico que perseguimos.

Sabemos que el conocimiento puede ser intuitivo y discursivo. El conocimiento intuitivo puede ser sensorial y suprasensorial, suponiendo en ambos casos la captación directa del objeto, ya sensorial como el color verde, por ejemplo; o suprasensorial como un principio matemático. En cambio en el conocimiento discursivo la mente se apoya en otro conocimiento previo; así podemos conocer el color amarillo de una sortija que no hemos visto si sabemos que es de oro. Pero la captación del valor no se realiza por ninguna de estas dos formas, pues según la Axiología, dicho acto no es un conocimiento; es una relación "sui generis" no de carácter intelectual sino sentimental. El valor se presenta a la conciencia a través de una modificación del tono afectivo, comparable a la alteración que en el orden de lo sensorial informa al sujeto de la presencia de un objeto candente. En uno y otro caso el sujeto entra en relación con el objeto a través de la afectividad que en el primer caso se llama intuición emocional y en el segundo, sensación. Sin embargo,

(1) En esta parte la insuficiencia de la Axiología es notable, pues impropia mente habla de valores, y no de valor, siendo así que la existencia de valores vitales, valores económicos, valores sociales, etc., supone una realidad anterior, valor, de cuya esencia participan los objetos ideales llamados valores vitales, valores económicos, valores sociales, etc. Puede revocarse este argumento diciendo que los valores son elementos primarios, semejantes a las mónadas de Leibnitz, pero en este caso no podría hablarse de jerarquía de valores, pues toda jerarquía implica grado con relación a una base.

esto implicaría que la captación de los valores es un conocimiento, cosa que no acepta la Axiología. Este mismo símil nos permite comprender con claridad la aprehensión de las diversas notas que acompañan al valor. Si suponemos que el único sentido por el que el hombre pudiera entrar en contacto con la realidad fuese el tacto tendríamos al sujeto continuamente experimentado una infinidad de sensaciones táctiles de diversa índole. Indudablemente que lo primero que distinguiría es que unas le producirían una sensación placentera y otras una sensación dolorosa; este indicio le haría suponer que existen objetos cuyo atributo es ser agradables y otros cuyo atributo es ser desagradables. Perfeccionando su sensibilidad como se perfeccionan los órganos con el uso regular de ellos se agudizaría su facultad táctil, llegando a distinguir que tanto las sensaciones placenteras como las dolorosas podían afectarlo en diversos grados; así sabría que una temperatura de 60° es mas desagradable que una de 40°; que el golpe dado con un martillo es mas doloroso que el dado con un palo, etc. Finalmente acabaría por distinguir que hay objetos ya placenteros o dolorosos que afectan de diversa forma la sensibilidad; por ejemplo, una quemadura es dolorosa como un golpe, pero la sensación que produce una y otro son diferentes. Aplicando el ejemplo al campo de lo axiológico, tendríamos que así como la sensibilidad táctil es el órgano que relaciona al sujeto con los objetos materiales, la intuición emocional es el órgano especial para relacionarlo con los objetos ideales llamados valores; y que así como la sensibilidad táctil nos permite distinguir el carácter placentero o doloroso de los objetos, la intensidad en que participan de dicho carácter y la cualidad de las sensaciones; la sensibilidad axiológica nos permite captar junto al valor su nota de positividad o negatividad, su altura y su materia.

La concordancia entre los diversos momentos de la impresión sensorial y axiológica induce a establecer una relación de homogeneidad entre ellas si bien reconociendo la diferencia de grado. Reducida así la captación del valor a una simple intuición suprasensorial, queda simplificada en mucho la labor formativa de la escuela. La tarea de promover en el educando el desenvolvimiento de la conciencia axiológica requeriría medios semejantes a los empleados para enseñarles objetos cognoscibles por intuición. Así como para inculcarle un concepto cualesquiera, por ejemplo, el de mesa o el de cubo se le mostraría diversas mesas o diversos objetos cúbicos; para provocar la intuición de un valor se le mostraría objetos valiosos o actos valiosos indicándole el sentido de estos. Siendo el valor mas difícil de aprehender, habría que recurrir a medios que estén mas cerca a la comprensión del edu-

cando. En este sentido las leyendas, las parábolas y en general las obras literarias en sus diversos géneros son de gran importancia en la educación porque atrayendo el interés hacia el tema que tratan inculcan un principio que puede considerarse como la fórmula de un valor que de otra manera no sería comprensible al educando. Mas importantes aún son las experiencias propias de la escuela; es bien conocida la importancia del juego para crear en los niños sentimientos de cooperación, de disciplina, de responsabilidad, etc., valores estos imposibles de aprehender en forma teórica.

Por todos estos medios la captación del valor se hace más fácil a la intuición, porque en estos casos el valor está al servicio de un fin susceptible de ser entendido por el educando. Así, en el juego le es fácil al niño captar el valor de la disciplina por los beneficios directos que reporta al desarrollo de dicha actividad; en una excursión capta el valor de la cooperación por los beneficios que él ha traído en la distribución del trabajo, etc. Sin embargo esta posición podría compararse a la sostenida por los partidarios del premio como estímulo a la aplicación del educando. tesis combatida por quienes consideran que esto crea hábitos innobles en el educando, haciéndolo interesado y codicioso. Ello es verdad si se lleva al extremo el uso de estos medios, poniéndose precio a todo acto del educando, y sobre todo, cuando se premia el rendimiento antes que el esfuerzo.

Al respecto es interesante anotar que la antigua Pedagogía ponía en práctica el mismo método pero en su aspecto negativo; tal es el significado del castigo; mientras la Pedagogía moderna lo realiza en su forma positiva aunque bastante desfigurado a través del principio del interés tan útil a la Metodología: interesar al educando en buena cuenta es concederle un bien (el objeto de su interés) como anticipo a una tarea. En este caso se estimula el esfuerzo, principio que debe ser fundamental en la Pedagogía y que también se logra cuando los premios van dirigidos a éste y no a la tarea realizada.

JORGE PUENTE FLORES.
